

Farsicosas

La frustración de un joven rico

Sergio Vodanovic

Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en los primeros años de primaria y el buen sacerdote que nos ayudaba a dar los pasos iniciales por los pedregosos e intrincados caminos del saber, se le ocurrió preguntarnos qué seríamos cuando grandes. De inmediato, nuestra imaginación de parvularios afloró y salieron a relucir los nombres de todas aquellas profesiones que dan lustre, prestigio y, sobre todo, dinero; aquellas que permiten ostentar con displicente orgullo el título de "doctor".

Solo Lagarreta se mantenía silencioso, él que provenía de la familia más rica entre los del curso, él que cada día llegaba al colegio con un nuevo juguete importado, él a quien se le iba a dejar y buscar en un carro que, para nuestra perspectiva de infantes, nos parecía kilométrico.

Y tu, Lagarreta —insistió el sacerdote— ¿qué vas a ser cuando grande?

Todos esperaban que dijera industrial, pachá o, por lo menos, presidente, pero Lagarreta, con un entusiasmo propio de la seguridad que da el dinero, contestó simplemente: "Maquinista de tren". Y, ante nuestro asombro, se lanzó en un largo discurso en que describía la belleza del oficio que habían elegido sus sueños infantiles: que eso le permitiría viajar a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía, que tendría la responsabilidad de la vida de cientos y miles de pasajeros, que

desde su puesto de maquinista vería el mundo y lo comprendería y amaría, que tendría amigos en todas las estaciones con los que compartiría sus vidas... En fin, ese Lagarreta era, ciertamente, un poeta. Sucede hasta en las mejores familias.

Hombre frustrado

Pasaron los años y olvidé el incidente. Todos los condiscípulos de esos años de Primaria con los que me volví a encontrar, quien más quien menos, cumplieron sus ambiciones de niño y suelen ahora anteponer a su nombre el sacrosanto título de "doctor". Yo también. A quien había olvidado era al bueno de Lagarreta hasta que, días atrás, me lo encontré en Eldorado. El hombre estaba gordo y resplandeciente, llevaba un vestido de indudable procedencia inglesa y por todos los poros de su cuerpo exudaba prosperidad. Le pregunté qué hacía:

—Estoy poco en Colombia —me dijo— viajo mucho. Tengo un negocio de importaciones y exportaciones con oficinas en Miami, Londres, París y Hong Kong. Hago cabeza de un grupo financiero internacional y tenemos dos o tres empresas transnacionales. Sí, me ha ido bien.

Fue entonces cuando recordé y le pregunté por su infantil ambición de ser maquinista de tren. ¡Pobre Lagarreta! Se demudó y, si no lo apuntalo, sencillamente se desploma y, ahí, mientras sus secretarios chequeaban los tiquetes aéreos para su viaje de dos días por el Mediano Oriente, me confesó que, en verdad, era un hombre frustrado, que nunca había podido realizar sus sueños, que su familia lo había obligado a ser un hombre de empresa, que le habían argumentado que de él dependía el sustento de cientos de familias y que había terminado por ceder. "Ni siquiera puedo viajar de pasajero en un tren— suspiró Lagarreta— no tengo tiempo". Y antes que lo dejara el avión se despidió apresuradamente con un efusivo abrazo. Juro que sobre la solapa de su saco inglés cayeron dos furtivas lágrimas.

Yo considero a los ricos

Y si traigo a colación este cuento, es porque creo haber descubierto un problema social al que se ha parado pocas bolas. ¿Cuántos Lagarretas frustrados habrán en el mundo? ¿Cuántos en nuestro país? La verdad es que toda la propaganda se la llevan los pobres. Se argumenta que la gente de bajos recursos no pueden estudiar en la Universidad, que sus escasos medios no les permite siquiera costearse el bachillerato, pero... ¿Quién se acuerda de los ricos? ¿De aquellos como mi amigo Lagarreta que, condenados por los dictados de una sociedad egoísta y materialista se ven obligados a hacer dinero, a enriquecerse, a explotar contra su voluntad a otras gentes, cuando en realidad su vocación secreta era la de ser buhoneros, maquinista de tren, deshollinadores o loteros? ¿Cómo la genial pluma de algunos de los más representativos exponentes del "boom" de la literatura latinoamericana, no ha denunciado aún este lacerante caso de injusticia social?

Yo, modestamente, pongo el dedo en la llaga con la esperanza de que los lectores cuando vean, aunque sean retratados en las páginas de un periódico, a algunos de los representantes de la oligarquía financiera piensen que, a lo mejor, en el fondo de su corazón, esos hombres son seres frustrados por no haber cumplido su vocación secreta que, en cambio, está reservada a otros seres felices que, por tener el privilegio de ser pobres, copan los oficios más entretenidos, dejando a los pobres ricos la muy jarta y monótona tarea de ganar dinero.

Una injusticia, que habrá que reparar algún día. □



Ser lo que se quiere es difícil hasta para aquellos que todo lo tienen...